

LOST 7x09: Hombre de Ciencia, Mujer de Fe

Carlos y Ana Belén

<http://proyectounfinaldignoparalost.blogspot.com/>

Fecha de Publicación: 17 de mayo de 2011

La atónita mirada de Carlos que sucedió a la frase que salió de sus labios no hizo más que aumentar la preocupación del grupo.

— ¿Cómo que un grave problema? — Dijo Ana N. asustada — ¿Y dices tú eso? ¿Vamos a morir todos?

Carlos mantuvo un silencio que incomodó aún más a Ana

— Si fuese solo eso... — Susurró Carlos

— Nos estás asustando — Dijo Ana que notaba su corazón latiendo en su garganta — ¿Qué es lo que pasa?

El grupo entero permaneció atento a las palabras del humanoide, que parecía sentirse cada vez más turbado. Carlos miró a su alrededor y miró las aterradas caras de sus amigos. Su mirada se cruzó con la de Zoe que estaba terriblemente asustada. La mueca de terror de su cara hizo que Carlos respondiera intentando guardar la calma. Carlos se sentó y abrazó a Zoe mientras dirigía su mirada al bosque, como buscando una salida al problema que había llegado a la isla.

— ¿Qué es lo que pasa, Carlos? — Preguntó Zoe

— Es algo complicado de explicar... — susurró Carlos al oído de Zoe con la suficiente intensidad como para que todos lo oyesen — pero no te preocupes, lo solucionaré.

Zoe se sintió reconfortada y con ella el resto del grupo.

Carlos se levantó despacio, y empezó a andar en círculos, pensativo, ante la atenta mirada de todo el mundo.

De repente, dirigió su mirada en una dirección del bosque y luego se dispuso a hablar

— He de ausentarme unas horas. — dijo Carlos — Ana, vosotros encontrásteis unas cuevas a un par de kilómetros de aquí, ¿Me equivoco?

— No te equivocas — Dijo Ana

— ¿Sabrías encontrarlas de nuevo?

— ¿Ahora? ¿De noche? Ni de coña, ¿Estás loco? No se te ocurra dejarnos solos.

— He de hacerlo, tengo que hacer una cosa urgentemente. Además, de momento creo que estaréis más seguros lejos de mí, pero tampoco estáis seguros aquí. — Respondió Carlos

Carlos se quedó pensativo. De repente tuvo una idea.

— ¿Tu reloj aún funciona? — Carlos se dirigió a Abel

— Sí, ¿Por qué?

— Déjame por favor

Carlos se acercó con presteza y comparó la hora de su reloj con la del joven.

— A unos 1700 metros en aquella dirección — Carlos señaló en una dirección en el bosque — habrá una pequeña cabaña de madera dentro de una hora y treinta y cuatro minutos exactamente según tu reloj.

— ¿Cómo que habrá?

— Confía en mí — Respondió Carlos — allí estaréis seguros hasta que yo vuelva, pero tendréis que ser muy puntuales. Si llegáis un minuto antes o un minuto después, no la encontraréis.

Nadie entendía las palabras de Carlos

— Si salís dentro de 54 minutos exactamente, dada la orografía del terreno, a vuestro paso normal, llegaréis justo a tiempo.

Los chicos no parecían entender ni creer lo que estaba diciendo Carlos. Carlos se levantó y se dirigió a Zoe, se sentó a su lado y le dio un tierno beso

— Vuelvo enseguida

Antes de que Zoe pudiese responderle, Carlos se fue corriendo y se perdió en el bosque. Los chicos quedaron boquiabiertos aún sin tener claro lo que debían hacer.

Neith no era ya la misma mujer dura que tantos habían temido. Se sentía risueña. Atrás quedaba su enfado con el mundo. Aquel mismo mundo que había viajado hasta la autodestrucción. No sólo parecía diferente, Neith para sí era diferente, mucho mejor. Era amable con los demás, generosa e incluso se permitía el lujo de gastar alguna que otra broma. Nadie entendía qué era lo que había pasado, todo había cambiado desde el trágico incidente. Sin embargo, aquello que apesadumbró a casi todos los miembros de la comunidad que se encontraban en la isla, parecía haber afectado de forma positiva a la mujer, y aunque la mayoría lo celebraba, pocos, por no decir nadie, conocían el secreto que había llevado a la mujer hasta esa situación. Y es que aquel secreto no era más ni nada menos que Jnum.

La llegada de Jnum como elegido, había supuesto un cambio radical, no sólo en las políticas, a veces demasiado conservadoras, sino también en la forma en que se entendía su gran obra, los humanos. Los humanos pasaron de ser considerados poco más que curiosos animales de feria que portaban las almas de aquéllos que no sobrevivieron a las grandes guerras, a ser la gran esperanza de la población. Los humanos tenían vidas plenas, eran como las vagonetas de la montaña rusa de un parque de atracciones. los sentimientos eran vivos en ellos. Podían reír, amar, llorar con extrema facilidad, lejos de la vida que los habitantes de la isla donde la vida era monótona y sin emoción. Todo aquello tenía su raíz en las creaciones de Jnum: los llamados sentimientos. Según Jnum, los sentimientos no eran más que reacciones químicas producidas en el cuerpo de los hombres que producían reacciones eléctricas en el alma que le hacían ser más conscientes de la realidad.

Muchos habían pedido a Jnum que les proporcionase sentimientos. Pero él siempre se negaba. Los sentimientos eran propiedad de los humanos, así tenía que ser. Un sentimiento aplicado en un alma primaria podría suponer reacciones negativas en la sociedad de la isla. Al igual que el amor y la alegría eran sentimientos positivos, la envidia y el odio podrían corromper las almas y provocar el caos entre aquéllos que estaban destinados a controlar el correcto devenir del mundo de los humanos. Muchos, incluso, renunciaron a la vida en la isla para convertirse en humanos, y con ello conseguir el beneplácito de Jnum para poder disfrutar de los sentimientos. Esta regla de oro para Jnum sólo fue rota, en secreto, dos veces, una vez con Heket y otra con la poderosa Neith.

Nadie siquiera sospechaba de la existencia de los sentimientos en el poderoso cuerpo de Neith. Ella, al principio los había sentido como una merma de su poder más que como un valor añadido. Sin embargo, había descubierto que, por un lado, los placenteros momentos que le producían los sentimientos superaban con creces los anodinos y monótonos años que había vivido sin ellos, y por otro, había descubierto cómo la ira y el odio podían incrementar notablemente las armas que la ingeniería genética

había proporcionado a Neith.

Neith se despertó aquella mañana entre las sábanas de Jnum. Él aún dormía. Ella estaba desnuda. Desde hacía ya bastante tiempo le gustaba sentir las piezas de tela que les tapaban por la noche sobre su cuerpo. Sin poder ni querer evitarlo, Neith comenzó a excitarse. sus pezones se endurecieron y su deseo comenzó a crecer. Mordiéndose los labios con malicia se volvió hacia Jnum, introdujo su mano bajo la camisa de su pijama y comenzó a acariciar su pecho. Jnum entreabrió los ojos.

— Es muy pronto — se quejó Jnum

— Es perfecto — dijo Neith que llevada por la pasión arrancó literalmente la camisa del cuerpo de Jnum rompiéndola en mil pedazos

Jnum sonrió y se giró para besar a Neith. La mujer se abandonaba a la pasión y terminó de desnudar a Jnum que, lejos de luchar por defenderse, acariciaba suavemente los senos de Neith que vibraba al sentir las manos de su amante en su cuerpo. Loca de lujuria, Neith no pudo más y se sentó sobre el endurecido miembro del hombre al que previamente había colocado boca arriba. Neith sujetaba con fuerza las manos en cruz de Jnum que, al no poder moverse, se dejó llevar por el placentero baile que Neith le proporcionaba. La cadencia de los movimientos de Neith se aceleró por momentos hasta que un fuerte orgasmo llegó para satisfacer de placer a ambos.

Neith se dejó caer al lado de Jnum aún jadeante y temblorosa.

— En serio, tienes que probarlo — Dijo Neith

— ¿Probar? ¿el qué? — Preguntó Jnum

— Lo que sea que me has puesto. Es maravilloso

— Es una mentira. Un conjunto de reacciones sin sentido que turban tu realidad. Yo necesito mi realidad

— Eres tonto. — Neith se giró hacia él — ¿Se te ha otorgado el poder de crear algo tan maravilloso, y no lo aprovechas?

— Alguien tiene que tener la cabeza fría — se excusó Jnum — mantener el mundo que conoces con vida requiere sacrificios. Y yo soy el que ha de hacerlo.

— Pero no tiene que ser así. El mundo no tiene por qué necesitar ser controlado

El rostro de Jnum se tornó sombrío.

- No eres la primera persona que me dice eso — Dijo Jnum — Empiezo a pensar que me equivoqué al darte los sentimientos
- A lo mejor no es un error — replicó Neith — A lo mejor eres tú el que está equivocado

Jnum se levantó en silencio y se dirigió a la ventana de la habitación.

- No puedo estar equivocado, porque si lo estoy... — Jnum mantuvo un tenso silencio — ...No habrá salvación para mí.

Ambos quedaron callados. La palabras de Jnum quedaron resonando en la cabeza de Neith, que no llegó a entenderlas bien, mientras que las mismas palabras abrían una brecha en el corazón de Jnum que ya nunca se cerró.

— o —

Ana Belén volvía de camino al poblado, tal como había acordado con Hugo y Sam para que Ben no sospechase que ella había tomado parte en la huida de sus amigos. Durante el trayecto, de repente, experimentó un amargo sentimiento, una sensación desagradable que le oprimió el pecho durante unos segundos y le inquietó de veras. El mismo sentimiento que a la vez había notado en otra parte de la Isla Carlos, y que le había hecho marchar del campamento, dejando solos a sus amigos con la misión de encontrar la cabaña de Hugo, en la cual acordaron reencontrarse. Ana había caminado durante todo el día y, agotada, se encontraba a poca distancia de su destino, Dharmaville. Confiaba en encontrar allí a Ben, receptivo y confiado, y que no hubiese represalias contra ella. Debía relatar su historia de manera convincente para que nadie pensara que había ayudado a secuestrar a Emily.

De repente, alguien frenó su camino. Ana Belén quedó atónita cuando encontró frente a sí a Carlos, de pie, parado en mitad del sendero, mirándola.

- ¡Carlos...! — exclamó con gran sorpresa — ¿Eres tú...?
- Tus ojos no te engañan — respondió Carlos con una amplia sonrisa

Ana corrió a abrazarle, reconfortada. Él devolvió tímidamente el abrazo, bastante más contenido.

— ¿Dónde has estado? ¿Zoe está bien? — preguntaba con interés Ana

— Zoe está a salvo junto a los demás — la tranquilizó Carlos — He venido a buscarte a ti

Carlos la miraba con ojos nuevos, como si de otra mujer se tratase. Muchos recuerdos se agolpaban en su cabeza, y no podía evitar estremecerse y emocionarse.

— ¿Qué te ocurre Carlos? — Ana estaba inquieta — ¿Por qué me miras de ese modo?

— Vayamos a un lugar apartado, sentémonos y hablemos tranquilamente — respondió él

— o —

En la playa, los chicos aún intentaban digerir las palabras de Carlos.

— ¡¡No tiene ningún sentido!! — Dijo Jose Francisco — ¿Qué narices es eso de que va a aparecer una cabaña?

— Si él lo dice, yo le creo — Dijo Zoe — Le vi darle una paliza al humo negro ese del que hablábais.

Los demás miraron con gran asombro a Zoe

— ¡¡¡Qué me dices!!!— dijo Ana Navarro con la boca abierta — ¿Cómo es posible? al humo no se le puede pegar.

— Tiene razón. — habló Emily — El humo negro es humano. De hecho, es mi padre.

El asombro alcanzó el nivel máximo tras las palabras de Emily, exceptuando a Zoe, que asintió con la cabeza baja.

— ¡Claro! ¡todo cuadra! — Dijo María — ¡Por eso no nos atacó! Pero, si tú lo sabías... ¿Por qué no lo dijiste?

— No lo sabía. Carlos me lo dijo antes

Un silencio tenso inundó al grupo

— En fin, Creo que he empezado mal la relación con mi nuevo suegro
— Guillermo intentó romper el hielo pero no consiguió su objetivo

El silencio continuaba

— Ha llegado la hora límite que propuso Carlos — Recordó Abel —
Deberíamos decidir algo

— Yo ya he decidido, a mí me ha demostrado que puedo confiar en él
— Zoe se levantó de repente y siguió la dirección que dijo Carlos —
Quien quiera que me siga, y el que no, que se quede.

Abel, Jose Enrique, y Ana Navarro se levantaron y siguieron a Zoe. Los demás se miraron dubitativos.

— ¡Qué cojones! — Dijo David — yo también voy

— Espera, que te sigo — replicó Mariía

Claudio y Jose Francisco les siguieron también dejando a Guillermo y Mariam solos.

— ¿No vas? — Preguntó Emily

— Iré donde tú vayas — Respondió Guillermo

— Aunque sea mi padre, no podré protegerte siempre — Dijo Emily

— Correré el riesgo

Mariam se levantó y le tendió la mano.

— Ven, vamos con los demás

Con una sonrisa de felicidad, Guillermo se levantó y andó a su lado hacia los demás.

— No te equivoques — Dijo Emily — No siento nada por ti, pero no quiero sentirme responsable de tu muerte

— Me conformo con eso — Respondió él

Más o menos en el tiempo indicado llegaron a la distancia que les había predicho Carlos.

— ¿Y bien? Aquí no parece haber nada... — dijo Jose Francisco

Todos miraban alrededor, buscando una luminaria, un flash, algo que les mostrara la aparición de la cabaña. Pero nada de eso pasó. De repente Zoe comenzó a andar en una dirección sin previo aviso.

— Ahí está — Zoe habló con un tono de voz neutro, sin emoción como si todo aquello no le afectase

Los demás se giraron y vieron una vieja cabaña de madera a unos diez metros de distancia. Entre caras de asombro siguieron a Zoe. Nadie habló. La cabaña parecía haber estado ahí siempre, pero todos sabían que no había sido así.

En la cabaña no parecía haber nada. Simplemente una vieja mesa en el centro y unas sillas desperdigadas. Entre maravillados y temerosos se sentaron en las sillas alrededor de la mesa.

— ¿y ahora qué...? — preguntó Jose Enrique

— Ya habeis oido a Carlos, — Contestó Zoe — Ahora a esperar.

— Yo tengo una duda, que no sabia si compartir con vosotros — dijo Ana — Si Carlos es capaz de parar al Humo Negro, Por qué se ha puesto tan nervioso de repente. ¿Qué puede haber más terrible que el humo negro?

— Algo muy chungo — dijo David — pero que muy chungo.

— o —

Mientras, en el bosque, en una zona poblada de vegetación, permanecían guarecidos Carlos y Ana. Sentados, él sobre un tronco partido, ella sobre una roca, conversaban sobre lo vivido hasta el momento. Carlos puso al tanto a Ana de lo que había pasado con sus amigos desde que ella los dejó junto a Hugo, quiénes eran Emily y Ben, qué le había pasado a

Máriam, y también le contó sobre el fatal desenlace del resto de compañeros que viajaban con ellos en el barco. Carlos le relató brevemente, al igual que hiciera con el grupo, quién era él en verdad, por qué habían llegado a la isla, y cuál era su misión. Sin embargo, nada le dijo acerca de ella y su vida pasada, lo que sabía de ella que sí había confesado a Zoe. Ana no daba crédito, tan sólo podía escucharle, sin pronunciar palabra. Permaneció en silencio unos minutos tras concluir Carlos su relato.

— Te has quedado muda — dijo él con media sonrisa

— ¿La verdad...? — reaccionó al fin Ana Belén — Creí que yo era la única que había perdido la cabeza al naufragar en la isla

Carlos río divertido

— Pensé que el golpe podría haber hecho que me volviera loca... — Continuó Ana Belén — pero ya veo que en realidad todos estamos sufriendo una especie de alucinación — Carlos la escuchaba con interés — Yo creo estar recuperando recuerdos de una vida anterior y vivo experiencias psicodélicas con un hippie adicto al carbohidrato llamado Hugo, Máriam nos ha olvidado y está convencida de ser otra persona, los chicos dicen que les ataca un monstruo de humo negro, y ahora tú te plantas ante mí creyendo que eres un semi-dios.

— Es cierto, parece de locos. Contado así, es una historia increíble — Volvió al tono sereno y comedido — Pero... ambos sabemos que todo es cierto

Ana le miraba con amargura. Cada día que pasaba en aquella isla parecía entender menos cosas. A medida que experimentaba nuevas sensaciones y recuerdos se desconcertaba aún más.

— ¿Lo has sentido verdad? — preguntó con misterio Carlos — Esa punzada en el estómago... hace unas horas... ¿lo has sentido? — Ana asintió con la cabeza con gran sorpresa — Lo hemos sentido los dos. Tú no sabes lo que ocurre, no sabes por qué te ha pasado... pero yo sí — Ana le escuchaba sin comprender— Una gran amenaza se cierne sobre la isla y todo lo que representa, y la hemos sentido llegar. Todo por lo que he luchado, está en peligro y necesito tu ayuda.

Ana Belén no se atrevía a preguntar acerca de ella. No sabía cómo, pero estaba claro que aquel hombre tenía las piezas que faltaban en el rompecabezas de su mente.

- ¿Yo viví en esta isla?... porque la conozco...
- En efecto — asintió Carlos midiendo al detalle sus palabras — No estás sufriendo alucinaciones... viviste en la isla... hace mucho tiempo... —sus pausas se hacen eternas, parece tensarse al recordar— Eras maestra en Arquitectura, por eso recordaste la estatua cuyas ruinas encontraste junto a Guillermo en la playa, porque aquella efigie fue diseñada y construida por ti.
- ¿Qué más sabes de mí? — siguió preguntando Ana con temor

Carlos torció el gesto y cambió de tema, visiblemente incómodo

- No tenemos mucho tiempo Ana, debemos movernos rápido y tomar ventaja. Te prometo mejores explicaciones cuando llegue el momento. Ahora es importante que confíes en mí — Carlos quería retomar el hilo de la conversación hacia su propio interés — Es necesario que entiendas la importancia de acompañarme y cumplir la misión que te he contado, aunque no tengas todos los datos-
- Así que, pretendes llegar hasta la Fuente de Luz, y una vez allí controlar lo que llamas *la caja*... — Ana recapitulaba lo narrado por Carlos minutos antes
- Así es —asintió Carlos— Debes comprender lo fundamental que es llegar a tiempo... antes de que sea demasiado tarde. Tú misma has estado allí... El arrastrado ese de Hugo que llaman *Elegido* te llevó, y sentiste el poder que en ella se encierra.

Ana sospechaba que Carlos no estaba diciéndole toda la verdad. Desconfiaba de sus palabras. Desde el momento del reencuentro mantenía una extraña sensación, y le inquietaba de veras la manera en que él la miraba, entre contenido y estremecido, como si por momentos dejase entrever algún sentimiento de culpa hacia ella. El sentimiento que inundaba a Ana en aquellos momentos era de temor y desconfianza.

- Dices que tú fuiste un científico militar, y que no eras humano — recapitula Ana mientras reflexiona — Dices que la caja es el lugar donde guardabais y custodiabais las almas una vez se separaban del cuerpo — Carlos seguía asintiendo — Y cuando vivías aquí y tu especie tenía el control sobre la isla, os encargabais del proceso de selección de cuerpos para cada alma, interviniendo entonces en el destino de los humanos...

- Pensando en lo mejor para la evolución de su especie, efectivamente — Apuntaló Carlos, dejando que ella digiriese la información
- Y ahora, pretendes volver a controlar todo el proceso... volver a controlar a los seres humanos... sus rasgos, sus capacidades, toda su vida. Decidir sobre su destino — sentenció Ana Belén en un tono en el que se adivinaba la disconformidad
- Digamos que en el pasado se cometieron errores que ahora trataré de solventar — contestó Carlos certero — Lo has resumido bastante bien, esa es mi misión, de este modo os ayudaré y salvaré a todos
- Cuándo dices todos te estás refiriendo a toda la raza humana, ¿verdad? — preguntó Ana con una mueca incrédula cargada de sarcasmo. Carlos sonreía dejando que ella mostrara su postura — Carlos... ¡estás mucho peor que yo! Porque en el caso hipotético de que la historia que hayas contado sea cierta, en el caso de que en verdad seas quien dices ser, y esta isla y lo que contiene sea lo que dices que es... En ese caso... ¿Cómo puedes pensar que vas a llegar hasta *la caja*, tomar el control sobre millones de almas y decidir el destino de la humanidad?
- Lleváis mucho tiempo creyendo que sois seres libres, autónomos, independientes, poderosos... — Carlos mantenía su sonrisa confiada, estaba harto de escuchar ese tipo de discurso durante cientos de años — Os creéis libres porque nosotros os dimos la libertad — sentencia con fuerza — Yo creé los sentimientos, que no son más que absurdas reacciones químicas sin valor alguno, y los creé para vosotros, para que pudieseis disfrutar una vida plena, para que los utilizarais con inteligencia y mesura... pero no fue así... No podéis vivir sin límites, sin control, sin un control superior. Eso quedó demostrado hace mucho tiempo. Enseguida, el hombre empezó a ansiar cosas fuera de su alcance, pasando por encima de otros para lograrlo, perdiendo el control y rompiendo la armonía.
- Hablas de los hombres como si fuesen muñecos, simples marionetas fabricadas en serie — Ana se sentía escandalizada por lo que estaba escuchando — ¿Tú decidiste darnos unos sentimientos? ¿Decidías quién debía tener un cuerpo esbelto y quién no? ¿Quién nacería con ojos azules y tez clara? ¿Quién debía tener un pensamiento analítico y quién debía tenerlo positivista? ¿Me estás diciendo que decidías todos y cada uno de los rasgos del hombre?
- Entiendo que escape a tu comprensión — Carlos mantenía el tono sosegado — Confía en mí, ese estado funcionaba, era efectivo, y los humanos disfrutaban de vidas plenas, estaban sanos y eran felices.

No había guerras, no había conflictos, no había dolor ni sufrimiento. El respeto a los demás y la naturaleza era completo. La Tierra era un lugar perfecto. Y mi propósito ahora es volver a ese estado original que logramos hace muchos años con tanto esfuerzo.

- Carlos... — Ana Belén no podía estar de acuerdo con sus palabras, algo dentro de ella empujaba hacia fuera unos sentimientos de irritación y frustración — ¿Quién te has creído que eres para decidir sobre nuestras vidas?
- Sólo soy el humilde científico que ayudó a diseñaros — Carlos respondió con un leve gesto altivo — Mi especie, mi gente, ¡nosotros! os creamos...el alma que ahora habitas y que hace diez mil años vivió en la isla también formaba parte de mi especie. Entiendo tu frustración y desacuerdo Ana... reconozco esos sentimientos —tornó al sarcasmo— ¡Vaya si los reconozco! ¡Joder... los fabriqué yo mismo! Pero debes aceptar que este mundo en el que ahora vivimos necesita una intervención urgente. El ser humano ya no puede dirigirse solo. Estáis destruyendo vuestro propio mundo en todos los sentidos. Os matáis unos a otros, destrozáis todo a vuestro paso... la ambición, el ansia de poder y de imponerse a los demás, la envidia, el odio, la maldad...son sentimientos que afloran en el humano y que se sobreponen a todo lo demás ... Ana escuchaba aterrada el discurso del que hasta el momento era su amigo... ¡No sabes las ganas que tengo de ponerme a trabajar y acabar con las injusticias de este mundo!
- Hablas como si estuvieses manejando tu ordenador — Ana se encendía por momentos, no daba crédito — Lo planteas tan fácil... ¿En serio es tan fácil para ti? — Carlos mantenía su media sonrisa que alteraba aún más a la joven — ¿En plan, herramientas de configuración? ¡Hablamos de personas Carlos! ¡Personas! Y no olvides que tú eres ahora una de ellas.
- Es cierto que llevo mucho tiempo viviendo como una persona más — Carlos quería rebajar el tono de la discusión y hacerla entrar en razón — No pienses que soy una especie de monstruo sin sentimientos. Para mi desgracia, experimenté conmigo cuando vivía en la isla, y cambié mi propia configuración, como tú dices — guiño un ojo a su amiga, siempre distendido y sereno, muy seguro de sí — Probé en mí el tener sentimientos, y puedo asegurarte que fue el peor error de mi vida... El peor, Ana...

El tono de melancolía apareció en Carlos, y ella se percató. Guardó silencio mientras él ordenaba sus pensamientos

- Jamás debí crear los sentimientos, jamás debí otorgárselos a nadie, ni a los humanos ni a algunos de mi propia especie, yo incluido — los ojos de Carlos tornaron vidriosos — Ahora es el momento de enmendar mi grave error, y devolver al mundo a su estado natural que nunca debió abandonar. Es necesario ejercer un control, y restablecer el orden.
- Tú no eres Dios, Carlos — dijo Ana con voz grave
- ¡Claro que no! — respondió él con firmeza — ¿Sabes por qué? ¡Porque Dios no existe! Fue una invención vuestra, permitida por nosotros claro está. El humano siempre ha necesitado de una guía, un poste de Fe al que agarrarse. Por eso os aferrasteis a la idea de un Ser superior que velaba por vosotros y vuestras almas.
- ¡Claro...! — A Ana no le gustaba el tono ni las palabras de Carlos — Y en realidad lo más parecido a ese dios eras tú. Controlando las vidas humanas, jugando con las personas para que pensasen, sintiesen y actuasen a vuestro capricho. Sin posibilidad de libertad alguna.
- Repito que ese era el estado natural, y era perfecto. El hombre vivía en paz y armonía — insistía Carlos — No hay malas intenciones en mi propósito, no tienes por qué temer. Sólo intento hacerlo bien. Y puedo asegurarte de que los humanos nunca fueron conscientes de ese control.
- Yo creo en la bondad natural del hombre — Ana no se daba por vencida — ¿Vas a decirme que siglos de pensamiento ilustrado no sirvieron para nada? ¿No has leído a Rousseau?
- ¡No me lo puede creer...! — exclamó Carlos arqueando las cejas — ¡Valiente ejemplo me has puesto! ¡Ese era un gilipollas, un putero y un borracho! Me tenía frito. Una vez hasta me planteé asistir a uno de sus discursos para matarle... ¡Vaya mierda de obras que escribió! Me dio un siglo XVIII...

Ana Belén le miraba boquiabierta. Carlos parecía conocer al Hombre así como toda su Historia mejor que nadie, vivida de primera mano.

- Entonces... — prosiguió ella con creciente curiosidad — seguro que eras fiel seguidor de los absolutistas cerrados como Hobbes... Siempre proclamando los peligros de que el hombre viva en un estado de naturaleza libre, y la importancia del dominio y la autoridad de un soberano para garantizar la paz y la sumisión.

- Jeje... — a Carlos le divirtió el comentario — La guerra de todos contra todos... El hombre es un lobo para el hombre... , diría que son las frases más bien enunciadas de la historia, si no fuera porque son mías.— Carlos sonrió cómplice
- No te conozco — atacó Ana con gesto turbado — ¿Cómo puedes estar de acuerdo en atar a los seres humanos? ¿En limitar su libertad? Yo no puedo pensar en vidas programadas desde antes del nacimiento hasta el momento de la muerte. Las personas deben poder tener derecho a elegir, a equivocarse, a tomar sus propias decisiones, a aprender por ellos mismos. Y lo que tenga que pasar pasará... Y no te creo Carlos, los sentimientos no pueden ser pre-fabricados... son connaturales al individuo — Ana insistía con su discurso — Los sentimientos son algo innato, no pueden hacerse en una probeta y administrarse como una aspirina.
- Me encantaría demostrarte que te equivocas — replicó Carlos — Algún día espero poder enseñarte cuál era mi trabajo, mi verdadero oficio.
- ¡A ver Carlos! ¡Estás tirando por tierra siglos de Ciencia y Medicina! — Ana seguía incrédula — No me puedes decir que la Teoría de la Evolución fue un cuento chino. ¡No existe la tecnología capaz de hacer lo que cuentas!
- Estás muy equivocada, y no puedo hacer nada para convencerte mientras tu juicio esté tan nublado — apostilló Carlos siempre sereno — No puedes darme lecciones...estás hablando con un hombre de Ciencia. Y no podrías siquiera imaginar la tecnología que yo he manejado cuando viví en la isla. No puedes hacerte una idea. Comprendo tu postura — Carlos esbozó una leve sonrisa irónica — me recuerdas mucho a alguien, bastante cercano a ti por cierto. Tú Fe en el ser humano, en que su bondad y valores positivos al final se acaban imponiendo a los negativos, es algo encomiable...Pero créeme...es una visión errónea. Lo he vivido Ana, y sé de lo que hablo.

Ana reflexionó cabizbaja. No podía aceptar las palabras tan crudas de Carlos. Se negaba a aceptarlas.

- Yo podría ayudarte con tu enfermedad, ¿sabes? — dijo Carlos llamando de nuevo la atención de ella — Podría curarte teniendo los medios apropiados. Y sería en la isla — Ana le miró sobrecogida, el joven hablaba con gran aplomo — Me siento responsable de la muerte de varios de nuestros amigos; no pude evitar el accidente del barco. Sin

embargo, voy a hacer todo lo posible por mantener a salvo a los que aún están vivos. Tuya es la elección Ana. . . puedo salvarte, si confías en mí. Ven conmigo. . . ayúdame a salvar la isla.

Ana bajó la cabeza y quedó pensativa. De repente, respondió a Carlos.

— Si tengo que morir porque es mi destino, lo haré. No permitiré que decidas cuándo he de morir. — Dijo Ana mientras se levantaba para irse

Carlos le cogió del brazo para que no se fuera

— En ese caso, quiero que escuches con atención, conocerás a alguien. Oigas lo que oigas, te cuenten lo que te cuenten o pase lo que pase, has de saber que yo siempre te quise — Dijo Carlos clavando sus ojos en los ojos de Ana

Ana no contestó. Carlos soltó su brazo y ella continuó su camino mientras él quedó contrariado mirando al suelo y pensando qué hacer

— o —

Cristina no tardó en entrar en el poblado. Ben la guió con presteza. Nadie habló durante el camino del embarcadero a *Dharmaville*. Cristina no tenía nada que decir y sus dos esbirros se limitaban a seguirla donde ella fuera, sin más preguntas. Ben tenía miles de preguntas que hacer a la mítica Neith, de la que tanto había oído hablar, pero ni una pizca del valor necesario para enfrentarse a ella.

— Definitivamente, han cambiado muchas cosas desde que no vengo por aquí — Dijo Cristina a la entrada del poblado — ¿Qué son estas casitas?

— Es donde vivimos nosotros desde hace muchos años. Aprovechamos una base que había dejado una especie de secta científica llamada *Iniciativa Dharma* — respondió Ben

— Sí, había oído algo. — Dijo ella — Pero tú no eres descendiente de los que quedaron aquí al cargo.

Ben quedó sorprendido por la capacidad de análisis de Cristina

- Efectivamente — Respondió Ben — Yo vine con la iniciativa *Dharma*. Mi padre trabajaba con ellos. Pasado un tiempo me uní a los que quedaron al cargo en el templo.
- No siento el alma de Jacob, ni de Samuel— Dijo Cristina — ¿Qué fue de ellos?
- Jacob ya no es el elegido — Informó Ben
- ¡Ja, ja, ja! — rió Cristina — Al final Samuel consiguió acabar con él. Me alegro, Tenía grandes esperanzas puestas en él.
- Lo cierto, es que yo maté a Jacob — Dijo Ben, un segundo antes de arrepentirse por temor a la represalia de Cristina
- ¡Vaya!, así que es a tí a quien utilizó — dijo con una sonrisa Cristina — me alegro, Jacob era un gilipollas blandengue. Quizá por ello te cargaron a ti con el trabajo del conductor, mientras Samuel escapaba.
- Samuel no logró escapar, le mató el anterior elegido. Un tal Jack Shephard.
- ¿Que le mataron? — preguntó Cristina — pero si el conductor no tiene cuerpo que matar. Tú lo deberías saber más que nadie
- No pasó eso, Utilizaron el extraño mecanismo de la caverna de la luz para volver a convertirlo en humano y así poder matarlo.
- ¿Cómo? — Dijo Cristina aturdida — lo que dices no tiene sentido. No conozco ningún mecanismo que permita hacer eso
- Parece que es una especie de contenedor electromagnético que se rige con una piedra. Supongo que Jacob guió a Jack cuando le pasó sus poderes como elegido.
- Pero... ¿Tú no habías matado a Jacob? — Cristina no entendía nada
- Si, pero se le apareció después — dijo Ben —Supongo que esas cosas pasan en la isla

Cristina no entendía lo que había pasado, y se mantuvo en silencio pensativa.

- ¡Un momento! — Cristina recordó algo — ¿A lo que te refieres con contenedor electromagnético no será una piscina de luz que tiene una piedra en medio, que está justo despues de bajar la cascada?
- Si

— ¡Pero si eso es la fuente! — Cristina tenía la boca abierta

— Si, supongo que se llamará así — dijo Ben

— No, no me has entendido bien — contestó divertida Cristina — No es la fuente en sentido místico, sino una fuente en sentido decorativo. No es más que una estructura que queda bonita en la entrada.

— Pero, ¡no puede ser! al quitar la piedra, la isla comenzó a temblar, y hasta que no la volvieron a poner, no paró — Dijo Ben extrañado

Cristina se quedó pensando un momento. De repente su cara se iluminó.

— Estaba Samuel con vosotros cuando la isla temblaba.

— Si, claro, fue cuando Jack le mató.

— ¡Ja ja ja! ¡qué hijo de puta! — Cristina rió con fuerza — ¡Os engañó como a unos crios! La isla tembló así ¿verdad?

De repente todo pareció temblar alrededor de Ben. Parecía como si la isla se fuera a hundir. Ben no se atrevió a decir nada.

— Eso no es más que un pulso electromagnético que yo e incluso tú puedes lanzar a voluntad, parece que no conoces bien la tecnología que montas, ¡Ja Ja ja!— seguía riendo Cristina

— Pero Jacob... — balbuceó Ben

— Jacob estaba muerto, tú mismo le mataste. — afirmó Cristina — ¿Conoces a alguien de la isla que pueda tomar cualquier forma?— Ironizó Cristina. Ben sabía más que nadie que el humo negro podía tomar cualquier forma.

— Me estas diciendo que Samuel nos hizo creer que era Jacob. Pero no puede ser, él no podía cambiarse hasta que no hubiese otro elegido

— ¿Quién te ha dicho eso? — Preguntó Cristina con una sonrisa irónica en la cara a sabiendas que habría sido el propio Samuel

Ben cayó en la cuenta de su error

— Pero, ¿Qué sentido tiene? — dijo Ben aturdido — ¿Nos engaño para que le matáramos?

- Os engañó para escapar, y convenceros para que vosotros os quedáseis guardando la isla — dijo jocosa Cristina — No hay otra forma de escapar para el conductor. Saltó a *la caja*.
- ¿*La caja*? — Preguntó Ben — ¿Qué es *la caja*?

Cristina no daba crédito a lo que escuchaban sus oídos

- ¿No sabes lo que es *la caja*? — Dijo Cristina con la boca abierta
- No
- ¿Cuánto tiempo llevas aquí?— preguntó Cristina
- Cerca ya de 60 años
- ¿Y llevas encerrado aquí 60 años, sin siquiera saber lo que estás protegiendo?
- Sí.
- ¿Y por qué lo haces?
- Porque siento que tengo que hacerlo
- La estupidez humana a veces me da miedo — Concluyó Cristina — En cualquier caso, no te tortures. Samuel era un tipo especial. Muy listo y detallista. Entremos en tu casa y hablaremos sobre Por qué me has llamado.

Miles de pensamientos surcaron la mente de Ben mientras se dirigían a su barracón. Su cerebro no paraba de recordar y analizar uno a uno los pasajes de aquel tiempo. Para su desgracia, todo parecía cuadrar. Todo parecía un magnífico plan de Samuel.

— o —

El viento soplaba contra la cabaña de madera en la que los jóvenes esperaban pacientemente la llegada de Carlos. La premura con la que el extraño ser les había abandonado había sido determinante para aumentar el ya de por sí nerviosismo de los chicos. Tan sólo Zoe mantenía una tensa tranquilidad.

- ¿Habéis oído ese ruido? — Ana Navarro prácticamente había llegado a la paranoia

— Es una cabaña vieja. El viento está soplando fuerte fuera — Dijo Zoe
— ¿Qué esperas? Este ruido es bastante normal.

— Tienes razón, pero es que estoy de los nervios — Se excusó Ana

Justo en ese instante la puerta se abrió haciendo que todos se asustaran. Carlos apareció en el umbral a las pocas centésimas haciendo que sus corazones volvieran a latir con normalidad.

— ¡vaya susto nos has dado! — Dijo Ana — Podrías haber llamado antes de entrar.

— ¿Creéis que el ruido de llamar a la puerta os hubiese asustado menos?
— Dijo Carlos

— En fin, da igual, qué noticias nos traes.— Preguntó Jose Enrique.

Carlos tornó su cara sombría y se sentó antes de empezar a hablar.

— No he conseguido lo que quería.

— ¿Por qué no nos explicas qué pasa? — Dijo Ana Navarro, que no entendía nada

Carlos se levantó y miró por la ventana

— Está bien. — Dijo Carlos — Ha llegado alguien a la isla, una vieja amiga

— ¿Y cuál es el problema? — Preguntó Ana

— Digamos que los errores del pasado me están persiguiendo

— Bueno, puedes utilizar los poderes que Zoe dice que te ha visto utilizar — Apuntó José Enrique

Carlos dirigió su mirada a Zoe, que asintió y luego volvió a mirar al grupo.

— Me temo que no es tan sencillo. Aquélla que ha llegado es muy poderosa. Demasiado poderosa.

— Pero, entiendo que tiene algo contra ti, pero por qué contra Nosotros
— Preguntó Claudio

— Intentará destruir todo aquello que me importa para hacerme daño.

Carlos dirigió su mirada hacia Zoe.

— Además, está aliada con Ben — continuó Carlos mirando a Emily — o lo que es lo mismo, el humo negro.

— Y... ¿No podemos escondernos, hasta que se vaya? — Insistió Ana

— No de ella. No en esta isla — Dijo Carlos con una triste sonrisa pintada en la cara.— Hemos de irnos de aquí, este lugar ya no es seguro

— ¿ Dónde iremos? — Abel estaba muy inquieto

— *A la caja*, quizás allí tengamos una oportunidad

A Zoe se le encendió la cara. Los demás no pusieron ninguna objeción

— Confiamos en tí, iremos donde nos digas — Exclamó Zoe

— Vayamos entonces.

Y el grupo salió de la cabaña para dirigirse a la misteriosa *caja*.

— o —

La noche estaba cerrada, mientras el grupo se dirigía a *la caja*. Por el camino la gente iba en silencio, temerosa. Nadie hablaba con nadie se limitaban a seguir a Carlos que avanzaba guiándoles. Zoe seguía muy de cerca a Carlos. Era la que mayor confianza tenía en el extraño ser que tenía delante y se sentía segura a su lado. Sin embargo, desde que había pasado aquello, él parecía distante, y ella no sabía por qué

En un momento, Carlos rompió en silencio de aquella noche.

— Zoe, tengo que hablar contigo

Zoe se acercó aún más a Carlos para que pudieran conversar al abrigo de los oídos de los demás

— No me gusta tu tono de voz — dijo Zoe — ¿Qué es lo que pasa?

— Tienes que separarte de mí — dijo él en tono serio

— ¿Qué? ... — Zoe estaba confundida — ¿De qué estás hablando?

Carlos mantuvo un momento de silencio

— Tienes que evitar andar tan cerca de mí. — volvió a repetir Carlos

— Estás muy raro desde lo que ha pasado esta noche — Dijo Zoe — Si lo que quieres es dejar sea lo que sea que tengamos, no te preocupes lo superaré, no es necesario que me apartes de tu lado. No me debes nada.

— No, no es eso, más bien todo lo contrario — Dijo Carlos críptico

— ¿Entonces?

— Lo hago por tu bien, ... y por el mío. — Contestó Carlos

— No lo entiendo

— Escucha, lo que ha llegado a la isla va a intentar hacerme mucho daño. Todo el que sea capaz de infringirme. Si siente que tengo algún punto débil lo utilizará contra mí — Carlos suspiró — Y... ella no tendrá piedad de nada ni nadie. No mereces sufrir así.

— Pero... — Zoe intentó hablar

— No hay peros que valgan, esto no es una película, ni una serie de televisión. No es necesario que sufras por mí. Si muero, moriré sólo, no tengo que arrastrarte conmigo.

Zoe bajó la cabeza y anduvo a su lado pensativa

— Entonces, ¿Lo que tenemos es tu punto débil? — Zoe preguntó

Carlos se quedó sin palabras ante la pregunta de Zoe. No sabía qué decir, su boca permanecía abierta intentando darle una respuesta adecuada.

— No te preocupes. Ya has contestado — Dijo Zoe mientras posaba una mano en su hombro — A veces no pareces tan superpoderoso

Carlos casi se sintió sonrojar mientras Zoe abandonaba la cabeza del pelotón para que la ocupara Carlos en solitario mientras ella se refugiaba en medio del grupo. Sin embargo, en su mente ella seguía a su lado cogida de su mano con una enorme y completa alegría.

Zoe avanzaba despacio con el sobre entre sus manos y pegado al pecho. Aquel día parecía más soleado cuando salió de aquel edificio. No podía dejar de sonreír, su amplia sonrisa pintada en la cara no hacía más que iluminar a cada uno de los transeuntes que se encontraba al paso. Su paso era liviano. Ella casi sentía que sus pies no tocaban el suelo. Nada importaba, sólo lo que estaba impreso en aquel papel.

Casi sin darse cuenta llegó a su casa. Se trataba de un ático en pleno centro de la ciudad. Tenía cuatro amplias habitaciones y una terraza de 80 metros cuadrados. *Demasiado grande para una persona sola*, solía pensar. Y quizás tenía razón. Cerró la puerta con su espalda y quedó allí unos instantes abrazada a aquel sobre mientras dejaba salir un suspiro de lo más profundo de su ser.

Se dirigió a la cocina y abrió el sobre con cuidado. Leyó su contenido para asegurarse que nada había cambiado. Así era, los resultados no dejaban lugar a dudas. Estaba embarazada. Aquel logotipo del laboratorio en la esquina del papel vestía con su elegancia el contenido y aseguraba, con su prestigio en juego, que aquello era cierto.

Aquel episodio le hizo recordar la isla y lo que allí aconteció. ya habían pasado algunos años desde que la había abandonado. Y no pudo dejar de pensar en él, en todo lo que había pasado y un pequeño sentimiento de amarga melancolía le apuñaló el corazón.

Aún en medio de la ensoñación, Zoe dirigió su mirada a la habitación principal al final del pasillo. La puerta estaba abierta y sobre la colcha blanca, un objeto rojo intenso contrastaba. Zoe se extrañó y se dirigió hacia allí rápidamente.

Cuando llegó a la habitación, encontró una rosa roja encima de la cama. Entre ella y la colcha había una nota. Apartó la rosa con cuidado con una mano mientras con la otra cogió la nota. Al abrirla y leer su contenido no pudo evitar sonreír sorprendida. Con la boca aún abierta soltó la nota y cogió la rosa entre sus manos para acercarla a su nariz y sentir su aroma. Cerró los ojos tranquila, todo estaba bien. Cualquier sentimiento de melancolía se desvaneció por el aroma de la flor. La nota rezaba *será niña*

— Podeis ir a descansar — Dijo ella — No os necesito de momento

Los esbirros de Neith no rechistaron y pidieron a Ben un lugar donde descansar. Ben los acompañó a una de las casetas donde les proporcionaría cobijo.

Mientras Ben acompañaba a sus hombres, Cristina se sentó en el sofá del salón. Se puso a pensar en cuales iban a ser sus siguientes pasos. La repentina llegada de un hombre le liberó de sus pensamientos

— ¡Ben! — Entró gritando el orondo hombre —¿Dónde demonios estás?

Hugo había entrado a gritos. Cristina se quedó mirándolo con curiosidad. En otro momento, ella habría desatado su ira inmediata contra él. Sin embargo, después de lo que había pasado aquella noche, estaba de buen humor.

— ¿Quién eres tú? — dijo él. Los papeles parecían estar cambiados, el siempre tranquilo Hugo parecía muy nervioso.

— Podría preguntar yo lo mismo, eres tú el que ha entrado aquí de repente.

— Conozco a todo el mundo de la isla — Dijo Hugo — y no sé nada de ti

— Entonces...no conoces a todo el mundo en la isla, porque yo estoy aquí— ironizó ella

— Oye, no sé que habrás venido a hacer aquí, pero no tengo ganas de...

— ¡Silencio! — Neith se levantó y calló a Hugo de un grito — Hasta ahora he sido amable — La mujer había cambiado el tono de voz — No querrás verme enfadada.

Hugo se intentó tranquilizar para analizar la situación

— No sé quién es el que ha decidido que un alma débil como tú quedara al cargo de esta isla.— continuó Neith— Y aunque es obvio que no sabes quién soy, y deberías saberlo, no consiento que ni aún así faltes al respeto a alguien a quien deberías rendir pleitesía.

— ¿Por qué debería saber quién eres?

- Porque yo soy quien escogió al primer elegido, y soy la que dispuse las normas. Pero está claro que en algún momento alguien dejó de hacer su trabajo. Es tu deber saber todo sobre la isla y llamarme en caso de emergencia. Soy Neith.
- ¿Neith? — contestó Hugo — no me suena de nada
- Está visto que alguien no hizo bien su trabajo. Menos mal que el conductor lo hizo por tí. Es él y no tú el que debía haber sido elegido
- ¿Por qué te debimos haber llamado? — dijo él — Lo tengo todo controlado.
- ¿Lo tienes todo controlado? — dijo ella — ¡está aquí! ¿Tienes la menor idea de lo que hubiese pasado si no hubiese llegado a la isla antes de que se hubiese hecho con la caja?
- Bueno...sé que Ana Belén es importante, no sé porque, pero es una buena chica — dijo Hugo — He conseguido que confíe en mi y no será un peligro.
- ¿Ana Belén? — Neith estaba confusa — ¿No te has dado cuenta? el problema no es ella sino él.
- ¿Él? — Hugo no entendía — ¿Te refieres al tal Carlos? Noto a Ben algo preocupado, pero no puede hacernos nada, soy inmortal.
- ¡Necio estúpido! — a Neith se le encendieron los ojos.

De repente el brazo izquierdo de Neith empezó a deshacerse formando una estruendosa niebla blanca que empezó a rodear a Hugo y lo levantó en el aire. Neith abrió la puerta y sacó a Hugo a la plaza del poblado en volandas mientras él chillaba asustado

Ante el enorme ruido, todos los de poblado salieron para ver qué pasaba, y se encontraron con la escalofriante escena. La niebla blanca levantaba en el aire y rodeaba al elegido sin que él pudiese hacer nada. Nadie se movió y todos quedaron expectantes y asombrados. Incluso Ben que había salido después de dejar a los esbirros de Neith en una de las cabañas.

En un momento, la niebla blanca se tornó espesa. Los gritos de desesperación de Hugo hicieron temblar a los asistentes. De repente, la niebla se contrajo de golpe, y un horripilante grito de dolor salió de ella. Seguido al grito apareció el silencio y la niebla se tornó rojo sangre, tras lo que una especie de lluvia roja empezó a caer de la extraña nube.

Cuando la nube descargó lo que parecían haber sido los restos del elegido, la niebla, otra vez blanca, se empezó a recomponer formando de nuevo el brazo de Neith ante la mirada atónita de todos.

— ¡Escuchadme todos! — la voz de Neith rompió el tenso silencio — ¡hay nuevas normas! ¡la primera! ¡Ahora Mando yo! ¡Y la segunda y última! ¡las normas las pondré yo según me parezca en el momento! ¿Alguno tiene alguna objeción?

Ni un alma se atrevió a contradecirle.

— En ese caso todos a dormir. — Neith dirigió su mirada a Ben — Tú, ven conmigo que tenemos que hablar.

Ben se dirigió raudo con Neith, y los demás se metieron en sus casas sin rechistar. El temor se había apoderado de Dharmaville

— o —

De repente, Carlos levantó la mano en señal de stop y el grupo paró la marcha hacia *la caja*.

— ¡Algo ha pasado! — dijo Carlos enigmático

El hombre estaba pensativo y alerta. En un momento habló.

— No hay duda, ¡corred, seguidme! — gritó Carlos

El grupo le siguió asustado. No sabía que había pasado por la mente del guía, pero no tenían la intención de quedarse a averiguarlo. El miedo hacía que el grupo corriera con toda su alma para seguir a Carlos que corría a gran velocidad. El grupo casi no podía seguir el ritmo del humanoide. Cuando casi le habían perdido de vista. Se detuvo en seco, los demás pararon a su lado jadeantes. Carlos no daba sensación de cansancio.

— Hemos llegado — Anunció Carlos

El grupo de encontró en lo que parecía ser un pequeño remanso del río en el que en el centro había una gruta de la que brotaba una fuerte luz. Todos quedaron maravillados. Carlos soltó la mochila que llevaba al hombro y la dejó en el suelo. Cogió la cantimplora que llevaba atada, vació el agua que había dentro y se acercó al río. Tras ello se sentó en una roca y la llenó con el agua de río. Miró a los demás que se estaban acercando y sin mediar palabra, bebió el agua.

— ¿Qué narices estás haciendo? — Dijo Ana Navarro indignada— ¿Nos haces correr hasta que se nos salen los hígados solo para beber agua del río?

Carlos se puso en pie.

— Digamos que ahora tenemos una pequeña ventaja que antes no teníamos. — Dijo él con una tímida, aunque tranquilizadora sonrisa pintada en la boca —Acabamos de tomar la caja. Alguien nos ha hecho el trabajo sucio

Los del grupo se miraron entre ellos sin saber lo que estaba pasando.

— y... ¿Ya está? — dijo incrédulo Jose Enrique — tanto para ésto... ¿Estamos ya fuera de peligro?

— Desgraciadamente, no — Carlos torció el gesto — Pero ahora tenemos una mínima oportunidad de salir vivos.

— Sabes que no nos estás tranquilizando nada ¿Verdad? — Dijo Guillermo — Por qué no nos cuentas qué es lo que pasa.

Carlos se volvió a sentar en la roca antes de hablar. Los demás se sentaron alrededor.

— Tienes razón, además necesitareis toda la información para saber a lo que nos enfrentamos. Pero antes de eso...Algunos de vosotros conocísteis a Hugo ¿Verdad?

Varios del grupo asintieron con la cabeza

— Si alguno le había cogido cariño, deciros que Hugo ha muerto. La buena noticia es que ahora soy yo el elegido. Esa es nuestra ligera ventaja.

Los del grupo se miraron extrañados. Nadie parecía entender nada, pero Carlos se dispuso a explicar la situación.

— o —

Ben sintió una punzada en el pecho justo en el momento en el que Carlos había tomado el agua del manantial.

- ¡Oh! No... hemos llegado tarde. lo ha conseguido — dijo Ben en voz alta
- No te preocupes querido amigo — Neith puso su mano en el hombro de Ben — No tienen ninguna posibilidad
- Pero... — Neith tapó con su mano los labios de Ben pintando una maléfica sonrisa en su cara.
- Hasta él lo sabe... está llevando a los suyos a una muerte segura. Confía en mí

De repente, alguien tocó la puerta de la cabaña de Ben. Él acudió a a abrir. Ana Belén apareció en la estancia

- Ben, ¿Qué es ese charco de sangre en la plaza? ¿Qué ha pasado?

Ben no supo que contestar. Lo primero que oyó Ana Belén fue la extrañamente familiar voz de Neith.

- Volvemos a encontrarnos Heket. Entra, te estaba esperando

— o —